



www.capitanalatraste.com

PRIMERAS PÁGINAS
La carta esférica

I. El lote 307

He navegado por océanos y bibliotecas.
Herman Melville. *Moby Dick*

Podríamos llamarlo Ismael, pero en realidad se llamaba Coy. Lo encontré en el penúltimo acto de esta historia, cuando estaba a punto de convertirse en otro náufrago de los que flotan sobre un ataúd mientras el ballenero *Raquel* busca hijos perdidos. Para entonces llevaba ya algún tiempo a la deriva, incluida la tarde en que acudió a la casa de subastas Claymore, en Barcelona, con la intención de pasar el rato. Tenía muy poco dinero en el bolsillo, y en el cuarto de una pensión próxima a las Ramblas, unos cuantos libros, un sextante y un título de primer piloto que la dirección general de la Marina Mercante había suspendido por dos años hacía cuatro meses, después que el *Isla Negra*, un portacontenedores de cuarenta mil toneladas, embarrancase en el océano Índico, a las 4.20 de la madrugada y durante su cuarto de guardia.

A Coy le gustaban las subastas de objetos navales, aunque por esa época no pudiera permitirse pujar. Pero Claymore, situada en un primer piso de la calle Consell de Cent, contaba con aire acondicionado, servían una copa al terminar, y la chica encargada de la recepción tenía piernas largas y bonita sonrisa. En cuanto a los objetos de la subasta, le gustaba mirarlos e imaginar los naufragios que habían ido llevándolos de aquí para allá hasta varar en la última playa. Durante toda la sesión, sentado con las manos en los bolsillos de su chaqueta de paño azul oscuro, permanecía atento a quiénes se llevaban sus favoritos. A menudo el pasatiempo resultaba decepcionante: una magnífica escafandra de buzo, cuyo cobre abollado y lleno de cicatrices gloriosas hacía pensar en naufragios y bancos de esponjas y películas de Negulesco, con calamares gigantes y con Sofía Loren saliendo del agua moldeada bajo la blusa húmeda, fue adquirida por un anticuario a quien ni siquiera tembló el pulso al levantar el cartón con su número. Y un compás de marcaciones Browne & Son, antiguo, en buen uso y dentro de su caja original, por el que Coy habría dado el alma en

sus tiempos de estudiante de náutica, resultó adjudicado, sin remontar el precio de salida, a un individuo con aspecto de ignorar todo sobre el mar, salvo el hecho de que, colocada en un escaparate de cualquier marina deportiva de lujo, aquella pieza sería vendida por diez veces su valor.

El caso es que esa tarde el subastador remató el lote 306 —un cronómetro Ulysse Nardin de la Regia Marina italiana, al precio de salida— y consultó sus notas ajustándose los lentes con el índice. Era un tipo de modales suaves, corbata un poco atrevida y camisa color salmón. Entre puja y puja daba sorbitos a un vaso de agua que tenía cerca.

—Siguiente lote: *Atlas Marítimo de las Costas de España*, de Urrutia Salcedo. Número trescientos siete.

Había acompañado el anuncio con una sonrisa discreta que, Coy lo sabía a fuerza de observarlo, reservaba para las piezas cuya importancia pretendía destacar. Joya cartográfica del XVIII, añadió tras la pausa adecuada, recalcando lo de joya como si le doliera desprenderse de ella. Su ayudante, un joven vestido con guardapolvo azul, alzó un poco el volumen en gran folio, para que lo viesan desde la sala, y Coy lo miró con un apunte de melancolía: según el catálogo de Claymore no era fácil encontrarlo a la venta, pues la mayor parte de los ejemplares se hallaban en bibliotecas y museos. Aquél seguía en perfectas condiciones; y lo más probable era que nunca hubiera estado a bordo de un barco, donde la humedad, las marcas de lápiz y el trabajo sobre sus cartas de navegación dejaban huellas irreparables.

El subastador abría ya la puja, con una cantidad que habría bastado a Coy para vivir medio año con razonable holgura. Un hombre ancho de espaldas, frente despejada y pelo muy largo y gris recogido en una coleta, que estaba sentado en la primera fila y cuyo teléfono móvil había sonado tres veces para irritación de la sala, mostró un cartoncito con el número 11; y otras manos se alzaron mientras la atención del subastador, que tenía el pequeño martillo de madera en alto, iba de uno a otro y su voz educada repetía cada oferta, sugiriendo la siguiente con monotonía profesional. El precio de salida estaba a punto de doblarse, y los aspirantes al lote 307 iban quedándose por el camino. Mantenían la liza el individuo corpulento de la coleta gris, otro flaco y barbudo, una mujer de la

que no podía ver más que un cabello rubio en media melena y la mano que alzaba su cartulina, y un hombre calvo muy bien vestido. Cuando la mujer dobló el precio inicial, el de la coleta gris se volvió a medias, mirando en su dirección con gesto irritado, y Coy pudo ver unos ojos verdosos y un perfil agresivo, nariz grande y aire arrogante. La mano que alzaba la cartulina llevaba varios anillos de oro. No parecía acostumbrado a que le disputasen piezas de subasta, y con ademán brusco terminó volviéndose a su derecha, donde una joven morena muy maquillada, que atendía en susurros el teléfono cada vez que sonaba, sufrió las consecuencias de su mal humor cuando se puso a reconvenirla ásperamente, en voz baja.

-¿Alguien supera la oferta?

El de la coleta gris alzó la mano y la mujer rubia contraatacó alzando su cartulina, que era la número 74. Aquello daba tensión a la sala. El flaco barbudo prefería retirarse de la puja, y tras dos nuevos remotes el hombre calvo y bien vestido empezó a titubear. El de la coleta subió la oferta, haciendo fruncir ceños a su alrededor cuando el teléfono se puso a sonar de nuevo y lo tomó de manos de la secretaria, encajado entre un hombro y la oreja, la otra mano alzándose a tiempo para responder al envite que la mujer rubia acababa de hacer. A tales alturas de la puja, la sala entera se veía de parte de la rubia, deseando que al de la coleta se le acabasen los fondos o las baterías del teléfono. El Urrutia había triplicado el precio de salida, y Coy cambió una mirada divertida con su vecino de silla, un hombrecillo moreno de espeso bigote oscuro y pelo muy peinado hacia atrás con fijador. El otro le devolvió la mirada con una sonrisa cortés, cruzadas plácidamente las manos sobre el regazo y girando los pulgares uno sobre otro. Era menudo y pulcro, casi coqueto, con pajarita de pintas rojas y chaqueta híbrida entre príncipe de Gales y tartán escocés que le daba el aire estrafalariamente británico de un turco vestido en Burberrys. Tenía los ojos melancólicos, simpáticos, un poco saltones; como las ranitas de los cuentos.

-¿Desean mejorar la oferta?

El subastador mantenía el martillo en alto, y su mirada inquisitiva apuntaba al individuo de la coleta, que había devuelto el móvil a la secretaria y lo miraba contrariado.

La última propuesta, exactamente el triple del precio inicial, había sido cubierta por la mujer rubia; cuyo rostro Coy no podía ver por más que, curioso, atisbaba entre las cabezas que tenía delante. Resultaba difícil establecer si era el monto de la puja lo que desconcertaba al de la coleta, o la encarnizada competencia de la mujer.

—Damas y caballeros, ¿nadie ofrece más? —dijo el subastador, con mucha calma.

Se dirigía al de la coleta, sin obtener respuesta. Toda la sala miraba en la misma dirección, expectante. Incluido Coy.

—Tenemos entonces ese precio, que parece definitivo, a la una... Ese precio a las dos...

El del pelo gris alzó su cartulina, con gesto tan violento como si empuñase un arma. Mientras un murmullo se extendía por la sala, Coy volvió a mirar a la mujer rubia. Su cartulina ya estaba en alto, superando la oferta. Eso disparó de nuevo la tensión; y como si se tratara de un combate a vida o muerte, los presentes asistieron durante los siguientes dos minutos a un rápido duelo de cuyo intenso ritmo —aún no bajaba el cartón número 11 cuando ya estaba en alto el 74— no pudo ni siquiera sustraerse el subastador, que hubo de hacer un par de pausas para llevarse a los labios el vaso de agua que tenía junto al atril.

—¿Alguna otra oferta?

El Atlas de Urrutia estaba en cinco veces su precio de salida cuando el número 11 cometió un error. Quizá le fallaron los nervios, aunque el error pudo cometerlo la secretaria, cuyo móvil sonó con insistencia y ella terminó pasándoselo en un momento crítico, cuando el subastador estaba martillo en alto a la espera de nueva oferta, y el hombre de la coleta gris dudaba como replanteándose la cuestión. El error, si es que lo hubo, también podía ser achacable al subastador, que habría interpretado el gesto brusco del otro, vuelto hacia la secretaria, como despecho y abandono de la puja. O tal vez no hubo error, porque los subastadores, como cualquier ciudadano, tienen sus filias y sus fobias; y aquél pudo inclinarse por favorecer a la parte contraria. El caso fue que tres segundos bastaron para que el martillo cayera sobre el atril, y el Atlas de Urrutia quedase adjudicado a la mujer rubia cuyo rostro seguía sin ver Coy.

El lote 307 era de los últimos, y el resto de la sesión prosiguió sin nuevas emociones y sin incidencias; salvo que el hombre de la coleta ya no volvió a pujar por nada, y antes del final se puso en pie y abandonó la sala seguido por el taconeo precipitado de la secretaria, no sin dirigir una mirada furiosa a la rubia. Tampoco ésta volvió a levantar su cartulina. El individuo flaco de la barba terminó haciéndose con un telescopio marino muy bonito, y un caballero de aire adusto y uñas sucias, situado delante de Coy, consiguió por algo más del precio de salida una maqueta del *San Juan Nepomuceno*, de casi un metro de eslora y en bastante buen estado. El último lote, un juego de viejas cartas del Almirantazgo británico, quedó sin adjudicar. Después, el subastador dio por terminada la sesión y todo el mundo se levantó, pasando al saloncito donde Claymore invitaba a sus clientes a una copa de champaña.

Coy buscó a la mujer rubia. En otras circunstancias habría dedicado más atención a la sonrisa de la joven recepcionista, que se acercó bandeja en mano ofreciéndole una copa. La recepcionista lo conocía de otras subastas; y pese a saber que nunca pujaba por nada, era sin duda sensible a sus descoloridos pantalones tejanos y a las zapatillas deportivas blancas que vestía como complemento de la chaqueta de marino azul oscuro, guarnecida por dos filas paralelas de botones que en otro tiempo fueron dorados, con el ancla de la marina mercante, y que ahora sustituían otros de pasta negra, más discretos. Las bocamangas también mostraban las huellas de los galones de oficial que había lucido en ellas. Incluso así, a Coy le gustaba mucho aquella chaqueta; tal vez porque al llevarla se sentía vinculado al mar. Sobre todo cuando rondaba al caer la tarde por las inmediaciones del puerto, soñando con tiempos en que aún era posible buscar de ese modo un barco donde enrolarse, y existían islas lejanas que daban asilo a un hombre: justas repúblicas que nada sabían de suspensiones por dos años, y a las que nunca llegaban citaciones de tribunales navales ni órdenes de captura. Le habían hecho la chaqueta a medida, con la gorra y el pantalón correspondiente, en Sucesores de Rafael Valls

quince años atrás, al aprobar el examen de segundo piloto; y con ella navegó todo el tiempo, usándola en las ocasiones, cada vez más raras en la vida de un marino mercante, en que todavía era preciso vestir de modo correcto. Llamaba a aquella vieja prenda su chaqueta de Lord Jim —algo muy apropiado en su actual situación— desde el inicio de la que él, contumaz lector de literatura náutica, definía como su época Conrad. En cuanto a eso, Coy había tenido antes una época Stevenson y una época Melville; y de las tres, en torno a las que ordenaba su vida cuando decidía echar un vistazo hacia la estela que todo hombre deja a popa, aquélla resultaba la más infeliz. Acababa de cumplir treinta y ocho años, tenía por delante veinte meses de suspensión y un examen de capitán aplazado sin fecha, estaba varado en tierra con un expediente que haría fruncir el ceño a cualquier naviera cuyo umbral pisara, y la pensión cercana a las Ramblas y la comida diaria que hacía en casa Teresa apuntillaban sin piedad sus últimos ahorros. Un par de semanas más y tendría que aceptar cualquier trabajo como simple marinero a bordo de uno de esos barcos oxidados de tripulación ucraniana, capitán griego y pabellón antillano, que los armadores dejaban hundirse de vez en cuando para cobrar el seguro, a menudo con carga ficticia y sin dar tiempo a que hicieras la maleta. Eso, o renunciar al mar y buscarse la vida en tierra firme: idea cuya sola consideración le daba náuseas, pues Coy —aunque a bordo del *Isla Negra* no le había servido de mucho— poseía en alto grado la virtud principal de todo marino: un cierto sentido de la inseguridad, entendida como desconfianza; algo comprensible sólo por quien en el golfo de Vizcaya ve un barómetro bajar cinco milibares en tres horas, o se encuentra en el estrecho de Ormuz adelantado por un petrolero de medio millón de toneladas y cuatrocientos metros de eslora que cierra poco a poco el paso. Era la misma sensación imprecisa, o sexto sentido, que lo despertaba a uno de noche por un cambio en el régimen de las máquinas, lo inquietaba ante la aparición de una lejana nube negra en el horizonte, o hacía que de improviso, sin causa justificada, el capitán apareciese por el puente a dar una vuelta mirando aquí y allá, como quien no quería la cosa. Algo común, por otra parte, en una profesión cuyo gesto habitual estando de guardia consiste en comparar a cada momento el compás

giroscópico con el compás magnético; o dicho de otro modo, comprobar un falso norte mediante un norte que tampoco es el verdadero norte. Y en lo que a Coy se refiere, ese sentido de la inseguridad se acentuaba, paradójicamente, en cuanto dejaba de pisar la cubierta de un barco. Tenía la desgracia, o la fortuna, de ser uno de esos hombres para quienes el único lugar habitable se encuentra a diez millas de la costa más próxima.

Bebió un sorbo de la copa que acababa de ofrecerle con coquetería la recepcionista. No era un tipo atractivo: su estatura algo menos que mediana destacaba en exceso la anchura de los hombros, que eran vigorosos, con manos anchas y duras, heredadas de un padre comerciante sin suerte de efectos navales, que a falta de dinero le había dejado aquel modo de andar balanceante, casi torpe, de quien no está convencido de que la tierra que pisa resulte digna de confianza. Pero las líneas toscas de su boca amplia y de la nariz grande, agresiva, quedaban suavizadas por unos ojos tranquilos, oscuros y dulces, que hacían pensar en ciertos perros de caza cuando miran a sus amos. También había una sonrisa tímida, sincera, casi infantil, que asomaba a sus labios a veces, reforzando el efecto de aquella mirada leal, un poco triste, recompensada por la copa y el gesto amable de la recepcionista, que ahora se alejaba entre los clientes, la falda imprescindible sobre las piernas precisas, creyendo sentir en ellas la mirada de Coy.

Creyendo. Porque en ese momento, con el mismo acto de llevarse la copa a los labios, él echaba un vistazo alrededor en busca de la mujer rubia. Por un instante se detuvo en el hombre bajito de los ojos melancólicos y la chaqueta a cuadros, que le hizo una cortés inclinación de cabeza. Luego siguió inspeccionando la sala hasta encontrarla: continuaba de espaldas, entre la gente, conversando con el subastador, y tenía una copa en la mano. Iba vestida con chaqueta de ante, falda oscura y zapatos de tacón bajo. Se acercó a ella poco a poco, curioso, observando el cabello dorado y liso, en media melena cortada muy alta en la nuca que descendía luego por cada lado hacia la mandíbula, en dos líneas diagonales asimétricas y sin embargo perfectas. Mientras conversaba, el cabello de la mujer oscilaba suavemente, con las puntas rozándole las mejillas que sólo podían apreciarse desde

atrás en escorzo. Y tras franquear dos tercios de la distancia que lo separaba de ella, comprobó que la línea desnuda de su cuello estaba cubierta de pecas: centenares de minúsculas motitas ligeramente más oscuras que el pigmento de la piel, no demasiado clara pese al cabello rubio, con un tono que indicaba sol, cielos abiertos, vida al aire libre. Y entonces, cuando se hallaba a sólo dos pasos y se disponía a rodearla con disimulo para ver su cara, la mujer se despidió del subastador y dio la vuelta, quedando un par de segundos frente a Coy; el tiempo necesario para dejar sobre una mesa la copa que tenía en la mano, esquivarlo con leve movimiento de hombros y cintura y alejarse de allí. Sus miradas se habían cruzado en ese breve instante, y él tuvo tiempo de retener unos insólitos ojos oscuros de reflejos azulados. O tal vez al contrario: ojos azules de reflejos oscuros, iris azul marino que resbalaron sobre Coy sin prestarle atención, mientras él comprobaba que ella también tenía pecas en la frente y el rostro y el cuello y las manos; que estaba cubierta de pecas y eso le daba una apariencia singular, atractiva y casi adolescente, pese a que ya debía de rondar los veintitantos años muy largos. Pudo ver que llevaba en la muñeca derecha un reloj masculino de acero, grande y de esfera negra. También que era medio palmo más alta que él y que era muy guapa.

Cinco minutos más tarde, Coy salió a la calle. El resplandor de la ciudad iluminaba nubes corriendo hacia el sudeste por el cielo oscuro, y supo que iba a rolar el viento y que tal vez llovería aquella noche. Estaba ante el portal con las manos en los bolsillos de la chaqueta mientras decidía si caminar a la izquierda o a la derecha; lo que suponía la diferencia entre un bocadillo en un bar cercano, o un paseo hasta la plaza Real y dos Bombay azules con mucha tónica. O tal vez una, rectificó con rapidez tras recordar el lastimoso estado de su billetera. Había poco tráfico en la calle, y entre las hojas de los árboles una prolongada línea de semáforos iba pasando del ámbar al rojo hasta donde alcanzaba la vista. Tras reflexionar diez segundos, justo en el momento en que el último semáforo se puso rojo y el más próximo cambió de

nuevo a verde, echó a andar hacia la derecha. Ése fue su primer error de aquella noche.

LENC: Ley de los Encuentros Nada Casuales. Basándose en la conocida ley de Murphy –de la que había tenido serias confirmaciones en los últimos tiempos– Coy tendía a establecer, para consumo interno, una serie de leyes pintorescas que bautizaba con absoluta solemnidad técnica.

LBMF: Ley de Bailar con la Más Fea, por ejemplo; o

LTMSCBA: Ley de la Tostada de Mantequilla que Siempre Cae Boca Abajo; y otros principios más o menos aplicables a los funestos avatares de su vida reciente. Aquello no servía de nada, por supuesto; salvo para sonreír a veces. Sonreír de sí mismo. De cualquier modo, sonrisas aparte, Coy estaba convencido de que en el extraño orden del Universo, como en el jazz –era muy aficionado al jazz–, se daban azares, improvisaciones tan matemáticas que uno se preguntaba si no estarían escritas en alguna parte. Ahí era donde situaba su recién enunciada LENC. Porque a medida que se acercaba a la esquina, vio primero un coche gris metalizado, grande, aparcado junto al bordillo de la acera con una de las puertas abiertas. Luego, a la luz de un farol, alcanzó a ver un poco más lejos a un hombre que conversaba con una mujer. Reconoció primero al hombre, que se hallaba de frente; y a los pocos pasos, cuando pudo distinguir su gesto airado, comprendió que discutía con la mujer, que ahora dejaba de estar oculta por el farol y era rubia, con el pelo recortado en la nuca, vestida con una chaqueta de ante y una falda oscura. Sintió un hormigueo en el estómago mientras reía sorprendido para sus adentros. A veces, se dijo, la vida resulta previsible de puro imprevisible. Dudó un poco antes de añadir: o viceversa. Luego estimó rumbo y abatimiento. Si a algo estaba acostumbrado era a calcular por instinto ese tipo de cosas; aunque la última vez que se había ocupado de trazar una derrota –nunca mejor dicho, lo de derrota– ésta lo hubiera llevado directamente hasta un tribunal naval. De cualquier modo alteró diez grados su rumbo, a fin de pasar lo más cerca posible de la pareja. Aquél fue su segundo error: estaba reñido con el sentido común de cualquier marino, que aconseja dar debido resguardo a toda costa, o peligro.

Al hombre de la coleta gris se le veía furioso. Al principio no alcanzó a escuchar sus palabras, pues hablaba en voz baja; pero observó que tenía alzada una mano y un dedo apuntaba a la mujer, que se mantenía inmóvil frente a él. Por fin el dedo se adelantó, golpeándole el hombro con más cólera que violencia, y ella retrocedió un paso, como si aquello la asustase.

—... Las consecuencias —alcanzó Coy a oírle decir al de la coleta—. ¿Comprende?... Todas las consecuencias.

Levantaba el dedo, dispuesto a darle otro golpecito en el hombro, y ella se apartó aún más, y el tipo pareció pensarlo mejor, pues lo que hizo fue agarrarla por un brazo; tal vez no de modo violento sino persuasivo, intimidatorio. Pero se le veía tan irritado que al sentir su mano en el brazo la mujer dio un respingo, asustada, y retrocedió de nuevo zafándose de él. Entonces el hombre quiso agarrarla otra vez, aunque no pudo porque Coy estaba entre él y ella, mirándolo muy de cerca; y el otro se quedó con la mano en el aire, una mano con anillos que brillaban a la luz del farol, y con la boca abierta porque iba a decirle algo en ese instante a la mujer, o porque no sabía de dónde acababa de salir aquel fulano con chaqueta de marino, zapatillas de tenis, hombros compactos y manos anchas y duras que pendían con falso descuido a ambos lados, junto a las perneras de unos raídos pantalones tejanos.

—¿Perdón? —dijo el de la coleta.

Tenía un leve acento indefinido, entre andaluz y extranjero. Miraba a Coy sorprendido, curioso, como si intentara situarlo en todo aquello, sin éxito. Su gesto ya no era irritado, sino estupefacto. Sobre todo cuando pareció comprender que el intruso le resultaba desconocido. Era más alto que Coy —casi todo el mundo lo era aquella noche—, y éste lo vio echar un vistazo por encima de él, en dirección a la mujer, cual si esperase una aclaración respecto a semejante variedad del programa. Coy no podía verla a ella, que permanecía a su espalda sin moverse y sin decir una palabra.

—¿Qué diantre...? —empezó el de la coleta y se interrumpió de pronto, con la cara tan fúnebre como si acabaran de darle una mala noticia. De pie ante él, la boca cerrada y las manos colgando a los lados, Coy calculó las posibilidades del asunto. Pese a estar furioso, el otro tenía una voz educada. Vestía un traje caro, corbata y chaleco, iba bien calzado, y en la mano izquierda, que era la de los anillos, lucía un reloj carísimo de oro

macizo y diseño ultramoderno. Este individuo levanta diez kilos de oro cada vez que se anuda la corbata, pensó Coy. Resultaba apuesto, con buenos hombros y aspecto deportivo; pero no era la clase de prójimo, concluyó, que se lía a trompazos en mitad de la calle, a la puerta de las subastas Claymore.

Seguía sin ver a la mujer, que continuaba detrás de él, aunque intuyó su mirada. Al menos, se dijo, espero que no salga corriendo y tenga tiempo de decir gracias, si es que no me rompen la cara. Incluso aunque me la rompan. Por su parte, el de la coleta se había vuelto hacia su izquierda, mirando el escaparate de una tienda de modas como si esperase que alguien saliera de allí con una explicación en una bolsa de Armani. A la luz del farol y del escaparate, Coy comprobó que tenía los ojos pardos; aquello lo sorprendió un poco, pues los recordaba verdosos de antes, en la subasta. Luego el hombre volvió el rostro en dirección contraria, hacia la calzada, y pudo comprobar que tenía un ojo de cada color, pardo el derecho, verde el izquierdo: babor y estribor. También vio algo más inquietante que el color de sus ojos: la puerta abierta del coche, que era un Audi enorme, iluminaba el interior, donde la secretaria asistía a la escena fumando un cigarrillo; y también iluminaba al chófer, un jayán de pelo muy rizado, vestido con traje y corbata, que en ese momento abandonaba el asiento para quedarse de pie junto al bordillo. El chófer no era elegante ni tenía aspecto de tener la voz educada como el de la coleta: la nariz era aplastada, al modo de los boxeadores, y la cara parecían habérsela cosido y recosido media docena de veces, dejando algunos trozos fuera. Tenía un toque cetrino, casi bereber. Coy recordaba haber visto chulos de su catadura haciendo de porteros en burdeles de Beirut o en salas de fiestas panameñas. Solían llevar la navaja automática escondida bajo el calcetín derecho.

Aquello no podía terminar bien, reflexionó resignado. LMTPD: Ley de Mucho Toma y Poco Daca. A él iban a romperle un par de huesos imprescindibles, y mientras tanto la chica escaparía corriendo, como la Cenicienta, o como Blancanieves —Coy siempre confundía esos dos cuentos, porque no salían barcos—, sin que volviera a verla nunca. Pero de momento seguía allí, y él notaba los ojos azules con reflejos oscuros; o tal vez lo contrario, recordó, oscuros con reflejos azules. Los notaba fijos en su espalda. No carecía de retorcida gracia que estuvieran a punto de cascarle el alma por una mujer a la que había visto de frente dos segundos.

—¿Por qué se mete en lo que no le importa? —preguntó el de la coleta.

Era una buena pregunta. Su tono ya no sonaba furioso, sino concentrado; mucho más tranquilo y lleno de curiosidad. Al menos eso le pareció a Coy, que tampoco perdía de vista al chófer por el rabillo del ojo.

—Esto es... Por Dios —concluyó el otro, al ver que guardaba silencio—. Lárguese de aquí.

Ahora ella dice lo mismo, imaginó Coy. Ahora ella se muestra de acuerdo con este individuo y pregunta quién te ha dado vela en este entierro, y pide que sigas adelante y no metas el morro donde no te llaman. Y tú balbuceas una disculpa con las orejas coloradas, vas y doblas la esquina, y te cortas las venas, por gilipollas. Ahora ella va y dice que...

Pero la mujer no dijo nada. Estaba tan silenciosa como el propio Coy. Tanto como si ya no estuviese allí y se hubiera largado hacía rato; y él siguió quieto y sin decir palabra, entre los dos, mirando los ojos bicolors que tenía enfrente, un paso ante sí y dos palmos más arriba de los suyos. Tampoco es que se le ocurriera otra cosa, y si hablaba iba a perder la mínima ventaja que conservaba. Sabía por experiencia que un hombre callado intimida más que el hablador, porque es difícil adivinar lo que tiene en la cabeza. Tal vez el de la coleta era de la misma opinión, pues lo miraba reflexivo. Al cabo, Coy creyó vislumbrar incertidumbre en sus ojos de dálmata.

—Vaya —dijo el otro—. Nos ha salido... ¿Verdad? Un héroe de serie B.

Siguió Coy mirándolo sin decir ni pío. Si espabilo, pensaba, podría darle una patada en la bisectriz antes de probar fortuna con el bereber. La cuestión es ella. Me pregunto qué coño hará ella.

El de la coleta exhaló aire de pronto, con una especie de suspiro que parecía una risa agria, exagerada.

—Esto es ridículo —dijo.

Parecía sinceramente confuso con aquella situación, fuera la que fuese. Coy alzó despacio la mano izquierda para rascarse la nariz, que le picaba; siempre hacía eso al reflexionar. La rodilla, meditaba. Diré cualquier cosa para que se distraiga con eso, y antes de acabar le pegaré un rodillazo en los huevos. El problema va a ser el otro, que vendrá prevenido. Y con muy mala leche.

Pasó una ambulancia por la calle, con destellos de color naranja. Pensando que pronto iba a necesitar otra para él mismo, Coy echó un discreto vistazo alrededor, sin encontrar nada a lo que echar mano. Así que acercó los dedos al bolsillo de los tejanos, rozando con el pulgar el bulto de las llaves de la pensión. Siempre podía intentar pegarle al chófer un tajo en la cara con las llaves, como había hecho una vez con cierto alemán borracho en la puerta del club Mamma Silvana de La Spezia, hola y adiós, cuando lo vio venírsele encima. Porque seguro que este hijoputa se le iba a venir.

Entonces el hombre que tenía delante se llevó una mano a la frente y hacia atrás, como si quisiera alisarse más el pelo recogido en la coleta, antes de mover de nuevo la cabeza a un lado y a otro. Tenía una sonrisa extraña y apenada en la boca, y Coy decidió que le gustaba mucho más cuando estaba serio.

-Ya tendrá noticias mías -le dijo a la mujer por encima del hombro de Coy-... Por supuesto que las tendrá.

En el mismo instante miró al chófer, que ya daba unos pasos hacia ellos. Como si aquello fuese una orden, el otro se detuvo. Y Coy, que había entrevisto el movimiento y tensaba los músculos bombeando adrenalina, se relajó con disimulado alivio. El de la coleta lo miró de nuevo muy atento, como si quisiera grabárselo en la memoria: una mirada siniestra con subtítulos en español. Alzó la mano de los anillos y apuntó con el índice a su pecho, del mismo modo que había hecho antes con la mujer, pero sin llegar a tocarlo. Se limitó a dejar el dedo así, apuntándole en el aire igual que una amenaza, y después giró sobre sus talones y se fue como si acabara de recordar que tenía una cita urgente.

Luego todo se resolvió en una breve sucesión de imágenes que Coy observó atento: una mirada de la secretaria desde el asiento trasero del coche, el cigarrillo de ésta que describió un arco antes de caer en la acera, el portazo del hombre de la coleta al sentarse a su lado, y la última ojeada del chófer, de pie en el bordillo: un vistazo que le dirigió largo y prometedor, más elocuente que el de su jefe, antes del sonido de otro portazo y el suave ronroneo del motor de arranque. Sólo con lo que ese coche gasta al arrancar, pensó tristemente Coy, yo podría comer caliente un par de días.

-Gracias -dijo una voz de mujer detrás de él.

Pese a las apariencias, Coy no era un tipo pesimista; para serlo resulta imprescindible verse desposeído de la fe en la condición humana, y él había nacido ya sin aquella fe. Se limitaba a contemplar el mundo de tierra firme como un espectáculo inestable, lamentable e inevitable; y su único afán era mantenerse lejos para limitar los daños. Pese a todo, aún había cierta inocencia en él, por ese tiempo: una inocencia parcial, referida a las cosas y los territorios ajenos a su profesión. Cuatro meses en dique seco no bastaban para arrebatarse cierto candor propio de su mundo acuático: el distanciamiento absorto, un poco ausente, que algunos marinos mantienen respecto a las gentes que sienten suelo firme bajo los pies. Entonces él todavía miraba determinadas cosas desde lejos, o desde afuera, con una ingenua capacidad de sorpresa; parecida a la que, cuando era niño, lo llevaba a pegar la nariz a los escaparates de las jugueterías en vísperas de Navidad. Pero ahora con la certeza, más próxima al alivio que a la decepción, de que ninguna de aquellas inquietantes maravillas le estaba destinada. En su caso, saberse fuera del circuito, conocer la ausencia de su nombre en la lista de los Reyes Magos, lo tranquilizaba. Era bueno no esperar nada de la gente, y que la bolsa de viaje fuese lo bastante ligera como para

echársela al hombro y caminar hasta el puerto más próximo sin lamentar lo que se dejaba atrás. Bienvenidos a bordo. Desde hacía miles de años, antes incluso de que las cóncavas naves zarparan rumbo a Troya, hubo hombres con arrugas en torno a la boca y lluviosos corazones de noviembre —aquellos cuya naturaleza los decide tarde o temprano a mirar con interés el agujero negro de una pistola— para quienes el mar significó una solución y siempre adivinaron cuándo era hora de largarse. E incluso antes de saberse uno de ellos, Coy lo era ya por vocación y por instinto. Una vez, en una cantina de Veracruz, una mujer —siempre eran mujeres las que formulaban esa clase de preguntas— le había preguntado por qué era marino, y no abogado, o dentista; y él se limitó a encogerse de hombros antes de responder al cabo de un rato, cuando ella no esperaba ya contestación: «El mar es limpio». Y era cierto. En alta mar el aire era fresco, las heridas cicatrizaban antes, y el silencio se tornaba lo bastante intenso como para hacer soportables las preguntas sin respuesta y justificar los propios silencios. En otra ocasión, en el restaurante Sunderland de Rosario, Coy había conocido al único superviviente de un naufragio: uno de diecinueve. Vía de agua a las tres de la madrugada, fondeados en mitad del río, todos durmiendo, y el barco abajo en cinco minutos. Glú, glú. Pero lo que le había impresionado del individuo era su silencio. Alguien preguntó cómo era posible: dieciocho hombres al fondo sin enterarse. Y el otro lo miraba callado, incómodo, como si todo fuese tan obvio que no valiera la pena explicar nada; y se llevaba a la boca su jarra de cerveza. A Coy las ciudades, con sus aceras llenas de gente y tan iluminadas como los escaparates de su infancia, lo hacían sentirse también incómodo; torpe y fuera de lugar como un pato lejos del agua, o como aquel tipo de Rosario, tan callado como los otros dieciocho que estaban más callados todavía. El mundo era una estructura muy compleja que únicamente podía contemplarse desde el mar; y la tierra firme sólo adquiriría proporciones tranquilizadoras de noche, durante el cuarto de guardia, cuando el timonel era una sombra muda, y de las entrañas del barco llegaba la suave trepidación de las máquinas. Cuando las ciudades quedaban reducidas a pequeñas líneas de luces en la distancia, y la tierra era el resplandor trémulo de un faro entrevisto en la marejada. Destellos que alertaban, que repetían una y otra vez: cuidado, atención, mantente lejos, peligro. Peligro.

No vio esos destellos en los ojos de la mujer cuando regresó a su lado con un vaso en cada mano, entre la gente que se agolpaba en la barra de Boadas; y ése fue el tercer error de la noche. Porque no hay libros de faros y peligros y señales para navegar tierra adentro. No hay derroteros específicos, cartas actualizadas, trazados de veriles en metros o brazas, enfilaciones a tal o cual cabo, balizas rojas, verdes o amarillas, ni reglamentos de

abordaje, ni horizontes limpios para calcular una recta de altura. En tierra siempre se navega por estima, a ciegas, y sólo es posible advertir los arrecifes cuando oyes su rumor a un cable de tu proa y ves clarear la oscuridad en la mancha blanca de la mar que rompe en las rocas a flor de agua. O cuando escuchas la piedra inesperada —todos los marinos saben que existe una piedra con su nombre acechándolos en alguna parte—, la roca asesina, arañar el casco con chirrido que hace estremecerse los mamparos, en ese momento terrible en que cualquier hombre al mando de un buque prefiere estar muerto.

—Has sido rápido —dijo ella.

—Siempre soy rápido en los bares.

La mujer lo miró con curiosidad. Sonreía un poco, tal vez por haber observado el modo en que Coy se había acercado a la barra, abriéndose paso con la decisión de un pequeño y compacto remolcador entre la gente que se agolpaba delante, en vez de quedarse atrás en demanda de la atención del camarero. Había pedido una ginebra azul con tónica para él y un martini seco para ella, trayéndolos de regreso con hábil movimiento pendular de las manos y sin derramar una gota. Lo que en Boadas y a tales horas no carecía de mérito.

Ella lo observaba a través de la copa. Azul muy oscuro tras el cristal y la limpia transparencia del martini.

—¿Y qué haces en la vida, aparte de moverte bien por los bares, ir a subastas náuticas y socorrer a mujeres indefensas?

—Soy marino.

—Ah.

—Marino sin barco.

—Ah.

Se tuteaban desde hacía sólo unos minutos. Media hora antes, a la luz del farol, cuando el hombre de la coleta gris subió al Audi, ella había dicho gracias a su espalda, y él se volvió a contemplarla de veras por primera vez, parado en la acera, mientras razonaba para sus adentros que hasta allí había sido la parte fácil, y que ya no dependía de él retener cerca esa mirada reflexiva y un poco sorprendida que lo recorría de arriba abajo, como si intentara catalogarlo en alguna de las especies de hombre que ella conocía. Así que se limitó a esbozar una sonrisa prudente, algo cohibida; la misma que uno le dispensa al capitán cuando se incorpora a un nuevo barco, en ese momento inicial en que las palabras no significan nada y los interlocutores saben que tiempo habrá de poner cada cosa en su sitio. Pero la cuestión para Coy era precisamente que nadie garantizaba la existencia de aquel tiempo tan necesario, y que nada le impedía a ella dar de nuevo las gracias y marcharse del modo más natural del mundo, desapareciendo para siempre. Fueron diez largos segundos de escrutinio que él soportó silencioso e inmóvil. LBA: Ley de la Bragueta Abierta. Espero no llevar la bragueta abierta, pensó. Luego vio que ella inclinaba

un poco la cabeza hacia un lado, justo lo necesario para que el lado izquierdo de su cabello rubio y lacio, cortado asimétrico con la precisión de un bisturí, rozase su mejilla cubierta de pecas. Después de aquello la mujer no sonrió ni dijo nada, limitándose a caminar despacio por la acera, calle arriba, las manos en los bolsillos de la chaqueta de ante. Llevaba un bolso grande de piel colgado del hombro, y lo mantenía con un codo junto al costado. Su nariz era menos bonita vista de perfil: un poco aplastada, como si se la hubiera roto alguna vez. Eso no disminuía su atractivo, decidió Coy; pero le daba un recorte de insólita dureza. Caminaba mirando el suelo ante sí y un poco a la izquierda, como si le diera a él oportunidad de ocupar ese lugar. Anduvieron en silencio, a cierta distancia uno del otro, sin miradas ni explicaciones ni comentarios, hasta que ella se detuvo en la esquina, y Coy comprendió que era el momento de las despedidas o de las palabras. La mujer alargaba una mano que estrechó en la suya grande y torpe, sintiendo un tacto firme, huesudo, que desmentía las pecas juveniles y estaba más a tono con la expresión tranquila de los ojos, que él había decidido finalmente eran azul marino.

Y entonces Coy habló. Lo hizo con aquella espontánea timidez que era su modo natural de dirigirse a desconocidos, encogiendo los hombros con sencillez y acompañando sus palabras de la sonrisa que, aunque él no lo sabía, le aclaraba el rostro y atenuaba su rudeza. Habló y se tocó la nariz y volvió a hablar de nuevo, ignorando si a ella la esperaba alguien en algún sitio, o si era de esa ciudad o de otra cualquiera. Dijo lo que creyó debía decir, y luego se quedó allí balanceándose ligeramente y contenido el aliento, como un niño que acabase de exponer en voz alta una lección y aguardara sin demasiada esperanza el veredicto de la maestra. Y entonces ella lo miró otros diez segundos en silencio, y ladeó de nuevo la cabeza y el cabello volvió a rozar su mejilla. Y dijo que sí, que por qué no, que también le apetecía beber algo en cualquier parte. Y de ese modo caminaron hacia la plaza de Cataluña, y luego hasta las Ramblas y la calle Tallers. Y cuando él sostuvo la puerta de Boadas para dejarla pasar sintió por primera vez su aroma, indefinido y suave, que no parecía provenir de colonia ni perfume sino de su piel moteada en tonos dorados, que imaginó suave y cálida, de una textura parecida a la piel de los nísperos. Y al entrar, acercándose a la barra de la pared, comprobó que los hombres y las mujeres que había en el local la miraban primero a ella y luego a él; y se dijo que, por alguna curiosa razón, los hombres y las mujeres siempre miran primero a una mujer hermosa y luego desvían la vista hacia su acompañante de un modo inquisitivo, a ver quién será ese fulano. Como para comprobar si su apariencia la merece, y si él está a la altura de las circunstancias.

-¿Y qué hace un marino sin barco en Barcelona?

Estaba sentada en un taburete alto, el bolso sobre las rodillas, la espalda contra la barra de madera que corría a lo largo de la pared, bajo las fotografías enmarcadas y los recuerdos del bar. Llevaba dos pequeñas bolitas de oro como pendientes y ni un solo anillo en las manos. Apenas usaba maquillaje. Por el cuello entreabierto de la camisa, blanca y con el botón superior desabrochado sobre centenares de pecas, Coy veía relucir una cadena de plata.

-Esperar -dijo. Luego bebió un sorbo de ginebra azul, y mientras lo hacía vio que ella observaba su vieja chaqueta, y que tal vez se detenía en las franjas más oscuras de los galones ausentes en las bocamangas-. Esperar tiempos mejores.

-Un marino debe navegar.

-No todos opinan lo mismo.

-¿Hiciste algo mal?

Asintió con media sonrisa triste. Ella abrió el bolso y extrajo de él una cajetilla de tabaco inglés. Sus uñas no eran bonitas: cortas y anchas, de bordes irregulares. En otro tiempo se las había mordido, sin duda. Tal vez aún lo hacía. En el paquete quedaba un cigarrillo, y lo encendió con una carterita de fósforos que llevaba impresa la publicidad de una naviera belga que él conocía, la Zeeland Ship. Observó que lo hacía protegiendo la llama en el cuenco de las manos, con gesto casi masculino. Su línea de la vida era muy larga, como si hubiera vivido muchas vidas en la tierra.

-¿Fue culpa tuya?

-Legalmente, sí. Ocurrió durante mi guardia.

-¿Abordaje?

-Toqué fondo. Había una piedra no señalada en las cartas.

Era cierto. Un marino nunca decía encallé, o varé. El verbo común era tocar: toqué fondo, toqué el muelle. Si en mitad de la niebla del Báltico uno partía a otro por la mitad y lo echaba a pique, decía: hemos tocado un barco. De cualquier modo, observó que también ella había usado el término marino de abordaje, en vez de choque, o colisión. La cajetilla de tabaco estaba sobre la barra, abierta, y Coy se quedó mirándola: la cabeza de un marinero, un salvavidas a modo de orla y dos barcos. Hacía tiempo que no veía un paquete de Players sin filtro como aquél, de los de toda la vida. No eran fáciles de encontrar, e ignoraba que todavía los fabricaran en su envoltorio de cartulina blanca, casi cuadrado. Era gracioso que ella fumara esa marca: la subasta náutica, el Urrutia, él mismo. LAC: Ley de las Asombrosas Coincidencias.

-¿Conoces la historia?

Señalaba la cajetilla. Ella la estuvo mirando y luego alzó los ojos, sorprendida.

-¿Qué historia?

-La de Héroe.

-¿Quién es Héroe?

Se lo dijo. Le habló del nombre en la cinta del gorro del marinero de barba rubia, de su juventud en el velero que aparece a un lado en la estampa, del otro buque, el vapor que fue su último barco. De cómo el señor Player e hijos compraron su retrato para ponerlo en las cajetillas. Luego se quedó callado mientras ella fumaba -el cigarrillo se había ido consumiendo entre sus dedos- y lo miraba.

-Es una buena historia -dijo la mujer al cabo de un rato.

Coy encogió los hombros.

-No es mía. Se la cuenta Dominó Vitali a James Bond en *Operación Trueno*. Navegué en un petrolero que tenía a bordo las novelas de Ian Fleming.

También recordaba que ese barco, el *Palestine*, había pasado mes y medio bloqueado en Ras Tanura en mitad de una crisis internacional, con las planchas de la cubierta ardiendo a sesenta grados bajo un sol infame y los tripulantes tumbados en los camarotes, sofocados por el calor y el tedio. El *Palestine* era un barco desgraciado, con mala suerte, de esos donde la gente se vuelve hostil y se detesta y se le cruzan los cables: el jefe de máquinas refunfuñaba delirando en un rincón -escondieron la llave del bar, y él bebía a escondidas el alcohol metílico de la enfermería mezclándolo con naranjada-, y el primer oficial no le dirigía la palabra al capitán ni aunque el barco estuviera a punto de encallar. Coy tuvo tiempo de sobra para leer esas novelas y muchas otras en su prisión flotante, aquellos días interminables en que el aire abrasador que entraba por los ojos de buey lo hacía boquear como un pez fuera del agua, y dejaba, al levantarse, la silueta de su cuerpo desnudo impresa en sudor sobre las sábanas arrugadas y sucias de la litera. Un petrolero griego había sido alcanzado a tres millas por una bomba de aviación, y durante un par de días pudo ver desde su camarote la columna de humo negro que subía recta al cielo, y de noche el resplandor que teñía de rojo el horizonte y recortaba las vulnerables siluetas oscuras de los buques fondeados. Durante ese tiempo, cada noche despertó aterrado, soñando que nadaba en un mar de llamas.

-¿Lees mucho?

-Algo -Coy se tocó la nariz-. Leo algo. Pero siempre sobre el mar.

-Hay otros libros interesantes.

-Puede. Pero a mí sólo me interesan éstos.

La mujer lo miraba, y él encogió otra vez los hombros antes de balancearse otro poco sobre los pies. Entonces cayó en la cuenta de que no habían hablado del tipo de la coleta gris, ni de lo que ella estaba haciendo allí. Ni siquiera sabía su nombre.

Tres días más tarde, tumbado boca arriba en la cama de su cuarto del hostel La Marítima, Coy miraba una mancha de humedad en el techo. *Kind of Blue*. En los auriculares de su walkman, después de *So What*, por donde el contrabajo se había estado deslizándose suavemente, la trompeta de Miles Davis acababa de entrar con el histórico solo de dos notas —la segunda una octava más baja que la primera—, y Coy aguardaba, suspendido en ese espacio vacío, la descarga liberadora, el golpe único de batería, el reverbero del platillo y los redobles allanando el camino lento, inevitable, asombroso, al metal de la trompeta.

Se consideraba casi analfabeto musical, pero amaba el jazz: su insolencia y su ingenio. Se había aficionado a él en las largas guardias de puente, cuando navegaba como tercer oficial a bordo del *Fedallah*: un frutero de la Zoeline cuyo primero, un gallego llamado Neira, poseía las cinco cintas de la Smithsonian Collection de jazz clásico. Eso incluía desde Scott Joplin y Bix Beiderbecke hasta Thelonius Monk y Ornette Coleman, pasando por Armstrong, Ellington, Art Tatum, Billie Holiday, Charlie Parker y los otros: horas y horas de jazz con una taza de café en las manos, mirando el mar, acodado en el alerón, de noche, bajo las estrellas. El jefe de máquinas Gorostiola, bilbaíno, más conocido como Torpedero Tucumán, era otro apasionado de esa música; y los tres habían compartido jazz y amistad durante seis años, en una ruta cuadrangular que estuvo llevando al *Fedallah* —después pasaron los tres juntos al *Tashtego*, otro barco gemelo de la Zoeline— con carga suelta de fruta y grano entre España, el Caribe, el norte de Europa y el sur de los Estados Unidos. Y aquella fue una época feliz en la vida de Coy.

Pese a la música de los auriculares, a través del patio que hacía de tendedero llegaba el sonido de la radio de la hija de la patrona, que solía quedarse estudiando hasta muy tarde. La hija de la patrona era una joven hosca y poco agraciada a la que él sonreía cortésmente sin obtener nunca a cambio un gesto ni una mirada. La Marítima era una antigua casa de baños —1844, aseguraba el dintel de la puerta, abierta a la calle Arc del Teatre— reconvertida en pensión barata de marinos. Estaba a caballo entre el puerto viejo y el barrio chino, y sin duda la madre de la muchacha, una bronca dama de pelo teñido en color rojizo, la había alertado desde muy jovencita sobre los peligros de su clientela habitual, gente ruda y sin escrúpulos que coleccionaba mujeres en cada puerto, bajando a tierra sedienta de alcohol, droga y chicas más o menos vírgenes.

Por la ventana podía oírse perfectamente, entre el jazz del walkman, a Noel Soto cantando *Noche de samba en Puerto España*; y Coy subió el volumen. Estaba desnudo, a excepción de un calzón corto; y sobre el estómago tenía *Capitán de mar y guerra*, de Patrick O'Brian, abierto y boca abajo. Pero su mente andaba muy lejos de las andanzas náuticas del capitán Aubrey y el doctor Maturin. La mancha

del techo se parecía al trazado de una costa, con sus cabos y ensenadas, y Coy recorría con la vista una derrota imaginaria entre dos de sus extremos más avanzados en el amarillento mar del cielo raso. Naturalmente, pensaba en ella.

Llovía cuando salieron de Boadas. Una lluvia fina, apenas molesta, que barnizaba de luces relucientes el asfalto y las aceras, y punteaba el haz de los faros de los automóviles. A ella no parecía importarle que se mojara su chaqueta de ante, y habían caminado calle abajo por el paseo central, entre los kioscos de periódicos y revistas y los puestos de flores que empezaban a cerrar. Un mimo, estoico bajo el chirimirí que le hacía regueros en el polvo blanco de la cara inmóvil, tan triste que deprimía a todos los transeúntes en veinte metros a la redonda, los siguió con los ojos cuando la mujer se inclinó un momento para dejar una moneda en su chistera. Caminaba del mismo modo que antes, algo adelantada y mirando el suelo a su izquierda, como si dejase a Coy la elección de ocupar ese espacio o de retirarse discretamente. Él contemplaba a hurtadillas su perfil duro entre el cabello lacio que oscilaba al caminar; los ojos pavonados que de vez en cuando se volvían a él como anticipo de una mirada reflexiva o una sonrisa.

En Schilling no había mucha gente. Volvió a pedir ginebra azul con tónica y ella se conformó con tónica sola. Eva, la camarera brasileña, sirvió las copas mirándola con descaro, y luego enarcó una ceja en atención a Coy, tamborileando sobre el mostrador con las mismas largas uñas lacadas de verde que tres madrugadas atrás había estado clavando a conciencia en su espalda desnuda. Pero Coy se pasó la mano por el pelo mojado y mantuvo su sonrisa inalterable, muy dulce y tranquila, hasta que la camarera murmuró bastardo y sonrió a su vez, e incluso se negó a cobrarle a él su copa. Luego Coy y la mujer fueron a sentarse a una mesa, frente al gran espejo que reflejaba las botellas colocadas en la pared. Allí prosiguieron la conversación intermitente. Ella no era habladora: a esas alturas sólo había contado que trabajaba en un museo, y cinco minutos más tarde él pudo averiguar que se trataba del Museo Naval de Madrid. Dedujo que había hecho estudios de Historia y que alguien, su padre tal vez, fue militar de carrera. Ignoraba si eso tenía que ver con su aspecto de chica bien educada. También entrevió una firmeza contenida, una seguridad interior, discreta, que lo intimidaba.

Coy no sacó a relucir al tipo de la coleta gris hasta más tarde, cuando paseaban bajo las arcadas de la plaza Real. Ella había confirmado que el Urrutia era una pieza valiosa, aunque no única; mas no quedó claro si la adquisición era para el museo o para ella. Es un atlas marítimo importante, comentó evasiva cuando él aludió a la escena de la calle Consell de Cent; y siempre hay alguien interesado en ese tipo de cosas. Coleccionistas, añadió al

cabo de un instante. Gente así. Luego inclinó un poco la cabeza y preguntó por la vida que él hacía en Barcelona, de un modo que era evidente su deseo de cambiar de conversación. Coy habló de La Marítima, de sus paseos por el puerto, de las mañanas de sol en la terraza del Universal, frente a la comandancia de Marina, donde podía estar tres o cuatro horas sentado con un libro y su walkman por el precio de una cerveza. También habló del tiempo que le quedaba por delante, de la impotencia de hallarse en tierra sin trabajo y sin dinero. En ese momento creyó ver, al extremo de las arcadas, asomar al individuo bajito de bigote, pelo engominado y chaqueta a cuadros que había estado por la tarde en la casa de subastas. Lo observó un momento para asegurarse, y se volvió hacia ella a fin de comprobar si también había advertido esa presencia; pero sus ojos eran inexpresivos, como si nada vieran de particular. Cuando Coy se volvió a mirar de nuevo, el hombrecillo de la chaqueta a cuadros seguía allí, paseando con las manos a la espalda, el aire casual.

Estaban ante la puerta del Club de la Pipa, y él hizo un cálculo rápido de lo que le quedaba en la cartera, concluyendo que podía permitirse invitarla a otra copa y que, en el peor de los casos, Roger, el encargado, le fiaría. Ella se mostró sorprendida por el insólito lugar, el timbre de la puerta, la vieja escalera y el local en el segundo piso, con su curiosa barra, el sofá y los grabados de Sherlock Holmes colgados en la pared. No había música de jazz esa noche, y permanecieron de pie junto al mostrador desierto mientras Roger llenaba un crucigrama al otro extremo. Ella quiso probar la ginebra azul y dijo que le gustaba su aroma, y luego se declaró encantada con el sitio, añadiendo que nunca había imaginado que hubiera en Barcelona un lugar como aquél. Coy dijo que estaban a punto de cerrarlo, porque los vecinos se quejaban del ruido y la música; pisaban un barco camino del desguace. A ella le había quedado una gotita de ginebra con tónica en la comisura de la boca, y él pensó que afortunadamente sólo llevaba tres copas en el estómago, pues con un par más habría alargado una mano para enjugar aquella gota con los dedos; y ella no parecía de las que se dejan enjugar nada por un marino al que acaban de conocer, y al que miran con una mezcla de reserva, cortesía y agradecimiento. Entonces él preguntó por fin su nombre y ella sonrió de nuevo —esta vez al cabo de unos instantes, como si hubiera tenido que irse lejos para hacerlo— y luego sus ojos se clavaron en los de Coy; o sea, se clavaron literalmente durante un largo e intenso segundo, y dijo su nombre. Y él consideró que era un nombre singular como su misma apariencia, un nombre que sin embargo le sentaba bien, y que pronunció una sola vez en voz alta, despacio, cuando de los labios de ella no se había esfumado del todo la sonrisa distante. Después Coy le pidió un cigarrillo a Roger para ofrecérselo, pero ella

no quiso fumar más. Y cuando la vio llevarse el vaso a la boca y entrevió sus dientes blancos tras el vidrio, con el hielo rozándolos en un tintineo húmedo, bajó la vista hacia la cadena de plata que relucía un poco en el cuello abierto de su camisa, sobre la piel que con esa luz parecía más cálida que nunca, y se preguntó si algún hombre habría contado todas aquellas pecas hasta el Finisterre alguna vez. Si las habría contado sin prisa, una a una, rumbo al sur, del mismo modo que a él le apetecía hacerlo. Fue entonces cuando al levantar los ojos comprobó que ella había interpretado su mirada, y sintió un latido de menos en el corazón cuando la oyó decir que era hora de marcharse.

En la radio de la hija de la patrona, la misma voz la emprendía ahora con *La reina del barrio chino*. Coy apagó su walkman -Miles Davis monologaba *Saeta*, el cuarto tema de *Sketches of Spain*- y dejó de mirar la mancha del techo. El libro y los auriculares cayeron sobre las sábanas cuando se puso en pie y anduvo por la estrecha habitación, tan parecida a la celda que una vez había ocupado durante dos días en La Guaira, aquella vez que el Torpedero Tucumán y el Gallego Neira y él mismo, hartos de comer fruta, bajaron a tierra a comprar pescado fresco para una caldeirada, y Neira dijo esperadme tomando un café, quince minutos para un polvo y estoy de vuelta; y al poco rato lo oyeron pedir socorro por la ventana, y entraron y rompieron el bar, lo rompieron todo, hasta las mesas y las botellas y las costillas del chulo que se había quedado con la cartera del gallego, y el capitán don Matías Noreña tuvo que ir muy malhumorado a sacarlos, sobornando a los policías venezolanos con un fajo de dólares que luego descontó hasta el último centavo de sus sueldos.

Sintió un amago de nostalgia al recordar todo aquello. El espejo sobre el lavabo reflejaba sus compactos hombros y el rostro cansado, sin afeitarse. Dejó correr el agua hasta que estuvo bien fría y luego se la echó con las manos sobre la cara y la nuca, resoplando y sacudiendo la cabeza como un perro bajo la lluvia. Se frotó vigorosamente con una toalla y estuvo un rato mirándose inmóvil, la nariz fuerte, los ojos oscuros, las facciones toscas, como si evaluara las probabilidades a su favor. Cero pelotero, concluyó. Con esa torda no te comes una paraguaya.

Abrió el cajón de la cómoda, sacándolo del todo, y tanteó detrás hasta encontrar el sobre donde guardaba el dinero. No era mucho, y en los últimos días menguaba peligrosamente. Se quedó un rato sin moverse, dándole vueltas a la idea, y al cabo fue hasta el armario y extrajo la bolsa donde tenía sus escasas pertenencias: algunos libros muy leídos, las palas de oficial cuyos dorados empezaban a virar al verde mohoso, cintas de jazz,

un portafotos en forma de cartera —el buque escuela *Estrella del Sur* ciñendo velas al viento, el Torpedero Tucumán y el Gallego Neira en la barra de un bar de Rotterdam, él mismo con galones de primer oficial, apoyado en la regala del *Isla Negra* bajo el puente de Brooklyn—, y la caja de madera donde guardaba su sextante. Era un buen sextante: un Weems & Plath de siete filtros, metal negro y arco de latón dorado, que Coy había adquirido a plazos a partir de su primer sueldo, apenas obtenido el título de piloto. Los sistemas de posicionamiento por satélite sentenciaban a muerte ese instrumento, pero todo marino que se preciara de tal conocía su fiabilidad, a prueba de fallos electrónicos, para establecer la latitud a mediodía, cuando el sol alcanzaba su punto más alto en el cielo, o de noche con una estrella baja en el horizonte: efemérides náuticas, tablas, tres minutos de cálculos. Del mismo modo que los militares cuidan y mantienen limpias sus armas, Coy había procurado a lo largo de todos aquellos años que el sextante estuviera libre de humedad salina y suciedad, limpiando sus espejos y comprobando posibles errores lateral y de índice. Incluso ahora, sin barco bajo los pies, solía llevárselo en sus paseos por la costa para calcular rectas de altura sentado en una roca y ante el horizonte del mar abierto. La costumbre databa de cuando navegaba como alumno en el *Monte Pequeño*, su tercer barco si contaba el *Estrella del Sur*. El *Monte Pequeño* era un 275.000 toneladas de Enpetrol, y al capitán don Agustín de la Guerra le gustaba dar solemnidad al momento de la meridiana, invitando a los oficiales a una copa de jerez después que éstos y los jóvenes agregados cotejaran sus respectivos cálculos tras haber estado juntos en el alerón, reloj en mano el capitán y ellos tangenteando el sol en el horizonte a través de los filtros ahumados de sus instrumentos. Aquél era un capitán de la vieja escuela; algo pasado de vueltas pero excelente marino, del tiempo en que los grandes petroleros iban al Pérsico en lastre por Suez y volvían cargados rodeando África por El Cabo. Una vez había tirado a un mayordomo por una escala porque le faltó al respeto; y cuando el sindicato fue a quejarse, respondió que el mayordomo era afortunado, porque siglo y medio antes lo habría colgado del palo mayor. En mi barco, le dijo en cierta ocasión a Coy, se está de acuerdo con el capitán o se calla uno. Fue durante una cena de Navidad en el Mediterráneo, con un pésimo tiempo de proa: un temporal duro de fuerza 10 que obligaba a moderar las máquinas frente al cabo Bon. Coy, alumno de náutica agregado a bordo, había discrepado de un comentario banal del capitán; y entonces éste arrojó la servilleta sobre la mesa y dijo aquello de que en su barco, etcétera. Luego lo mandó de guardia afuera, al alerón de estribor, donde Coy estuvo las siguientes cuatro horas en la oscuridad, azotado por el viento, la lluvia y los rociones del mar que rompía contra el petrolero. Don Agustín de la Guerra era un raro superviviente de otros

tiempos, despótico y duro a bordo; pero cuando un carguero panameño con el oficial de guardia ruso y borracho le metió la proa en la popa, una noche en que la lluvia y el granizo saturaban los radares en el canal de la Mancha, supo mantener el petrolero a flote y gobernarlo hasta Dover sin derramar una gota de crudo y ahorrándole el costo de remolcadores a la empresa. Cualquier retrasado mental, decía, puede ahora dar la vuelta al mundo apretando botones; pero si la electrónica se descaralla, o a los americanos les da por apagar sus malditos satélites, invención del Maligno, o un bolchevique hijo de puta te da por el culo bien dado en mitad del océano, un buen sextante, un compás y un cronómetro seguirán llevándote a cualquier parte. Así que practica, chaval. Practica. Obediente, Coy había practicado sin descanso durante días y meses y años; y conocido también, más tarde y con aquel mismo sextante, observaciones más difíciles en noches cerradas y peligrosas, o en medio de fuertes temporales que corrían de punta a punta el Atlántico, sujetándose empapado contra la regala mientras la proa daba furiosos machetazos y él acechaba desesperadamente, un ojo pegado al visor, la aparición del tenue disco dorado entre las nubes empujadas por el viento del noroeste.

Sintió una suave melancolía cuando sostuvo el peso familiar del sextante en las manos, haciendo correr el brazo móvil mientras lo oía deslizarse por la cremallera dentada que numeraba de 0 a 120 los grados de cualquier meridiano terrestre. Luego calculó cuánto le pediría por él a Sergi Solàns, que llevaba años admirando aquel instrumento; pues, como solía decir Sergi cuando se tomaban juntos una copa en el Schilling, ya no se fabricaban sextantes como ése. Sergi era un buen chico, que pagaba casi todas las copas desde que Coy se había visto en tierra y sin dinero, y no le guardaba rencor por haberse ido a la cama con Eva aquella noche en que la brasileña lució una camiseta endiabladamente ceñida a la talla 95 del sujetador que nunca se ponía, y Sergi estaba demasiado borracho para disputársela. También había estudiado náutica con Coy, compartido barco algunos meses cuando ambos navegaban de agregados en el *Migalota*, un Ro-Ro de la Rodríguez & Saulnier, y ahora preparaba su examen de capitán como primer oficial de un ferry de la Trasmediterránea que hacía dos veces por semana la línea Barcelona-Palma. Es como conducir un autobús, decía. Pero con un sextante como ése en el camarote, uno sigue sintiéndose marino.

Centró el brazo en mitad del arco y devolvió con cuidado el Weems & Plath a su caja. Luego fue hasta la cómoda, abrió su cartera y extrajo de ella la tarjeta que la mujer le había dado tres días antes, al despedirse en la esquina de las Ramblas. La cartulina estaba sin dirección ni teléfono, a excepción del nombre y un solo apellido: Tánger Soto. Debajo, con letra redonda y

precisa, con un círculo a modo de punto sobre la única *i*,
ella había escrito la dirección del Museo Naval de Madrid.

Cuando cerró la tapa del sextante, Coy silbaba *Noche
de samba en Puerto España*.